**El banco del estanque**

**Ada Trostka**

Aquella mañana no iría nadie a verla, pero eso no era un motivo de tristeza para ella. Amalia adoraba a su familia y se llevaba muy bien con doña Laura, aunque la vigilancia del amor familiar y el rigor de aquella asistente social con sus horarios inapelables coartaban su libertad desde hacía dos años y las paredes de su propia casa le parecían una prisión desde entonces. Por primera vez, tras tanto tiempo, estaba sola. La coincidencia de que doña Laura pidiera el día libre por una inesperada visita familiar del extranjero y de que su hijo estuviera de viaje con su familia la dejaban sin posibilidad de compañía. Por supuesto, todos insistieron en llevarla con ellos, pero Amalia declinó amablemente las propuestas y les prometió que estaría bien. Era su oportunidad. Aquel día podría por fin cumplir el sueño con el que llevaba tanto tiempo fantaseando. No sería fácil, pero estaba dispuesta.

Tumbada de espaldas en la cama, reunió las fuerzas necesarias para poder movilizarse poco a poco. Pensando en los ejercicios que doña Laura le hacía cada día aún tumbada para desentumecer los huesos por las mañanas, trató de hacerlos por sí misma. Las piernas y los brazos parecían pesar toneladas porque nadie se los sujetaba, como si fueran pilares de pesado mármol que trataban de despertar de un sueño profundo y ajeno. La espalda tenía esa punzada continua y aguda que no la dejaba desde hacía ya demasiado tiempo. No estaba siendo sencillo el primer paso. Bajó el ritmo y respiró hondo. Comenzó de nuevo. Cuando poco a poco el hormigueo de pies y manos fue cesando, Amalia sonrió. Estaba orgullosa de sí misma. Despertaba a su cuerpo ella sola.

El sol del amanecer entraba tibio y benevolente por su ventana. Cerró un momento los ojos para sentir las manchas de luz gravitando en tonos rojizos bajo sus párpados, un juego que siempre le gustó desde niña. Luego abrió los ojos y miró a un lado de la cama; los muebles estaban en su lugar, tal y como había pedido a la señora Laura el día anterior: la mesita, la silla, el andador, la ventana con las cortinas descorridas. Revisó cada uno y calculó las distancias. Había pasado la noche haciendo cábalas, planeando los movimientos del día siguiente. Se imaginó el recorrido de aquella mañana una vez más, decidida a cumplir su objetivo. Estaba feliz, aunque sabía que no sería sencillo. Y mucho menos, lo primero de todo: incorporarse. Los años de inmovilidad la habían debilitado. Su cuerpo, ligero y flexible de joven (“si parece que fue ayer”) estaba rígido, pesado, casi paralizado. Cerró los ojos una vez más y se concentró. Respiró nuevamente y reunió fuerzas. Lo mejor sería balancearse de brazos y piernas, como si se meciese a sí misma, a izquierda y derecha, cada vez tratando de tomar más impulso. En el oscilar de su pesado cuerpo, buscaba a tientas el momento en que el contrapeso fuese lo suficiente como para poder ponerse de lado, luego sacar las piernas fuera de la cama y entonces, solo entonces, incorporarse lateralmente. Así se lo habían enseñado en su vejez y así trataba de hacerlo. Pero no era tan simple como parecía. Apretó los labios en un gesto que desde niña la caracterizaba cada vez que se empeñaba en hacer algo.

Tras varios intentos agotadores, Amalia lo consiguió. Las lágrimas de alegría le rodaron por sus blancas y finas mejillas. Era la primera vez en muchos años que se sentaba en la cama ella sola. Miró sus pies, hinchados y comprensiblemente deformes. Alzó los muslos con la respiración entrecortada de la emoción. Consiguió encajarse las zapatillas tras varios intentos rozando a tientas, con la punta de los dedos de los pies, la apertura de las zapatillas.

Decidió tomarse un descanso. Respiró varias veces profundamente. Miró luego a un lado: sobre la mesita de noche, las fotos de sus nietos y la de su hijo. Les sonrió con ese amor que no se puede describir, que se siente o no se siente. Luego alargó el brazo y tomó entre sus manos temblorosas la fotografía de su gran compañero de vida (“Tantos años me dejaste sola, con eso no contaba yo. Ya mismo nos veremos y espero que me des una explicación razonable del porqué te fuiste tan pronto”). Cerró los ojos un instante y sintió el beso de Darío en su frente, como si estuviera allí, como si la impulsara a continuar con su empresa. Le rodaron dos cálidas lágrimas. Dejó la foto en su sitio y se dispuso a continuar según lo planeado.

El andador estaba un poco más lejos de lo que pensaba (“Esta Laura…”) y tuvo que pensar cómo hacérselo llegar sin ayuda. Frunció el ceño algo molesta por aquellos centímetros de diferencia. Pero se dio cuenta de que bajo la cama yacía su fiel bastón. Decidió improvisar la siguiente parte, no sin dolor en las vértebras (“para qué tendremos tantas, luego nos hacemos viejos y nos duelen todas, toditas, todas”); se agachó lentamente tratando de respirar con tranquilidad (“Tenemos todo el día, Amalia”, se decía para calmarse). Su mano palpaba a ciegas el suelo en busca del bastón. No se atrevía a bajar la cabeza más de la cuenta por temor a caerse de bruces. Confió en su tacto y en su intuición. Cuando las yemas de sus dedos rozaron el ansiado trofeo de madera de nogal, la excitación no hizo más que crecer. Agarrando con firmeza entre los dedos de una mano el bastón y con la otra mano el borde del colchón, comenzó a realizar el recorrido inverso para incorporarse. Le salió un gruñido durante todo aquel camino de vuelta que, más que a dolor, sonaba a valentía.

El corazón le latía muy rápido. Amalia estaba impresionada con su propia hazaña: sentada en la cama con el bastón agarrado, más que una anciana parecía un tótem de fortaleza. Miró de reojo el andador y lo llamó para sus adentros (“Eres mío y aquí te quiero”). Sujetó el bastón con ambas manos y lo alargó hasta rozarlo. Sacando la punta de la lengua, como para concentrarse mejor, logró enganchar el asa del bastón a una de las barras del andador. El dolor en los hombros se hacía notar, pero Amalia no se rendía. Tiró del bastón con el andador enganchado y consiguió atraerlo hacia sí. Conforme llegaba a su destino, a fuerza de tirones persistentes, los ojos de Amalia se abrían cada vez más. El deseo de tenerlo cerca era superior a sus propias fuerzas. Llegó. Entonces a Amalia se le escapó una carcajada por la proeza que había logrado. Pensó en cómo reaccionaría cualquiera de su familia (“o la señora Laura, qué sorpresa se daría”) si la hubiesen visto en aquel momento.

Agachando la cabeza, como una heroína antes de enfrentarse a su última y decisiva batalla, Amalia agarró con firmeza las dos barras de hierro para ponerse de pie. Los balanceos para tomar impulso fueron más de los esperados (“Levantarse no es cosa fácil. Esto deberían advertirlo”); los mechones de pelo blanco le caían sobre la sien y se movían al mismo ritmo. Trataba de seguir con empeño, aunque tuvo que abortar la operación en dos ocasiones. En la segunda, dejó caer su cuerpo pesadamente sobre la cama. Estaba agotada. Miró al techo, luego de reojo por la ventana (“El sol me pide que salga a verlo”) y luego el retrato de Darío (“Darío me pide lo mismo que el sol”) y respiró un par de veces para concienciarse. Volvió a empezar. Su mirada fija era el reflejo de su determinación. Se incorporó de nuevo y retomó el movimiento de balanceo para tomar impulso y ponerse en pie. Sus manos, aunque temblorosas, se aferraban a aquellos hierros como su única y gran esperanza. Respiró una vez más y, en uno de los impulsos, sus pies se hallaron sujetando el peso de todo su cuerpo. Estaba de pie. Esta vez no fue ni sonrisa, ni carcajada, si no un gritito de triunfo como aquel que daba el señor que entregaba las flores a los músicos después de todos los conciertos.

Amalia se vio a sí misma incorporada, reflejada en el espejo del armario: había desaparecido su larga melena negra, su tipo menudo, su sonrisa impecable. Pero no sus ojitos pequeños, brillantes, llenos de vida y de curiosidad. Se miró en el espejo y, a pesar de ver en él a una señora demasiado mayor para sus cálculos, se sintió orgullosa de sí misma, de haber llegado a tanto, ¡ponerse en pie ella sola, con tantísimos años! Sonrió y le guiñó un ojo a su reflejo envejecido.

El paseo a la cocina fue lento pero alegre. Amalia tarareaba su melodía favorita con la voz igual de temblorosa que sus manos a falta de radio, que la esperaba para ser encendida una vez llegara a su destino. Agarró una taza del fregadero y sacó del armario el descafeinado. Canturreando se acercó a la nevera para sacar la leche y, antes de abrir la puerta, miró la radio y le dio al botón. Esperó unos segundos y pensó en lo fino que tenía el oído la señora Laura (“o que yo estoy ya sorda como una tapia”) y subió con descaro el volumen (“Qué menos que esto”). Sonaban las noticias; las escuchó con delectación, pero sin darles demasiada importancia (“Sin duda el ser humano es el único capaz de llegar al absurdo”). Sacó la leche para prepararse su taza de descafeinado. Agarraba todo con ambas manos por los temblores. Al sacar una cucharita del cajón, se le escurrió de las manos y cayó al suelo. La miró solo un momento, luego se encogió de hombros permitiendo su desliz y, sin pensarlo dos veces, sacó otra cucharita más del cajón y abandonó a la primera como si no existiera, dándose por absuelta. Se hizo, por fin, el café y le supo mejor que cualquiera que hubiese tomado en toda su vida. Las galletitas mojadas en él estaban espectaculares. Saboreaba la leche tibia con avena y las conversaciones de la radio que comentaban animadamente aquel día de primavera. Amalia terminó su desayuno repleta de felicidad y bañada por la luz del sol que entraba cándidamente por la ventana de la cocina.

No era posible rendirse, por disparatado que fuera. Continuó empeñada en perpetrar lo planeado. Se dirigió arrastrando los pies hacia el baño. Al encender la luz, miró fijamente su rostro en el espejo: tras todas las arrugas, divisó a aquella Amalia que corría, bailaba, sonreía y hacía correr, bailar y sonreír a otros. Entonces se puso seria, casi solemne, y apuntándose con el dedo índice en dirección a su reflejo, se dirigió a sí misma en voz alta estas palabras: “Esa de ahí va a salir hoy. No aprovechar el sol sería un pecado”. Giró el grifo del agua, no sin dificultad, y se dio con una mano agua sobre la cara y el cuello para refrescarse. Tras secarse, agarró el cepillo y trató de peinarse lo mejor que pudo, teniendo en cuenta su pulso irregular (“y los pocos pelos que me quedan”), pero su cabeza le hizo estirarse un poco más, lanzar una mirada casi altiva, como aquella que lanzaba a los hombres cuando sabía perfectamente qué quería ella y qué buscaban ellos. Decidió salir. Sí o sí.

Como vestirse sería muy complicado y era primavera, Amalia se alcanzó la rebeca que la señora Laura usaba para estar en casa y que había dejado sobre la silla. La señora Laura era corpulenta y Amalia más pequeña que ella, así que la chaqueta le quedaba un poco holgada, pero eso no le importó lo más mínimo. Logró incluso atarse el cinturón. Al verse los pies con las zapatillas, puso un gesto travieso y decidió salir así (“Total, a las personas mayores y a los niños se nos permiten estas cosas”). Se dirigió a la puerta de entrada con una alegre lentitud, saboreando cada paso con su andador. Al rozar el pomo de la puerta, sintió un escalofrío más grande que su primer beso, su primer trabajo, su primer avión o aquella vez que le dieron esa hermosa sorpresa sus amigos por su cumpleaños. Nada era comparable: Amalia llevaba más de dos años encerrada entre las paredes de su casa, sin tomar más aire fresco que el que entraba por la ventana. Y más de cinco años sin salir ella sola. Fue la dulce pero irreversible prohibición de toda su familia. “Bajo ningún concepto salgas sola, mamá”, recordaba Amalia las palabras de su hijo mientras giraba el pomo de la puerta y hacía un ademán de pillería.

Abrió la puerta. Tomó aire. Dirigió el andador hacia fuera. Cuando la puerta se cerró de un estruendoso portazo (difícil era calcular las fuerzas a esas alturas) Amalia se puso pálida y el corazón le empezó a palpitar con furia: “Las llaves, las llaves están dentro, so despistada”. Nadie sabía que ella estaba fuera. Nadie iría hasta el día siguiente. “No tengo cómo volver a casa”. Tras calmarse y aceptar su descuido, pensó en una coartada. Tenía claro que su familia se enteraría de sus andadas (como al adolescente que pillan con su primer cigarrillo) y le quitó finalmente importancia. “Qué van a hacer, ¿regañarme?, ¿a mí?”, se rió de la escena y asimiló la situación con el humor que nunca le había faltado. “Tendré que darle pena a algún vecino, rogarle que llame a mi hijo y explicarle que tendrá que venir a meter a su madre en casa porque, en un acceso de demencia, me dio por salir en bata a la calle sola”. Amalia sonrió pensando en el teatro que tendría que montar y en la bondad de los que rescatarían a aquella vieja tarada.

Asumió lo irreversible y decidió disfrutar el momento: “Llegados a este punto, qué menos que salir un buen rato a la calle”. Abrió la puerta del ascensor y sintió, sin explicarse cómo, que Darío le sujetaba la puerta mientras ella metía el andador y a sí misma dentro. Al presionar el botón, le sintió tan cerca que le parecía no ir sola, como en uno de aquellos paseos que solían dar antes de comer, cuando ella le insistía en salir a tomar el sol. Miró tímidamente el espejo, con miedo a encontrarse con su reflejo. Darío no estaba, sin embargo, al cerrar los ojos, quiso sentir su mano cálida sobre la suya. El ascensor bajó lentamente y ella recreó todos aquellos momentos de cercanía arrebatados así, de repente. Para siempre.

Al llegar al portal, el sol de la mañana saludaba a Amelia con un candor que le era difícil de reconocer. Jamás había visto tanta hermosura en algo tan etéreo como la luz. Se agarró al andador con fuerza y avanzó lentamente hacia los escalones que la separaban de la salida. Concentrada para no perder el equilibrio, bajó el andador dos escalones y luego ella uno muy lentamente (“primero un pie, luego otro, así es, despacio”). Amalia volvía a sacar la punta de la lengua como siempre hacía en sus momentos de mayor concentración. Movió el andador hasta el suelo y bajó los otros dos escalones consagrada totalmente a su misión. Logró superar los tres escalones y le brotó una sonrisa entre jadeos de cansancio por el esfuerzo. Avanzó luego hasta la puerta y, con la emoción del que va a cometer la locura más necesaria de su vida, agarró el pomo con determinación y trató de llevarlo hacia sí. Pero la puerta era demasiado pesada. No tenía fuerza para abrirla. Lo intentó varias veces sin éxito. Cabizbaja, pensó que no lo conseguiría nunca. Sintió una gran decepción, habiendo llegado ya tan lejos en su propósito.

Cuando estuvo a punto de desistir, al otro lado del portal apareció una figura que a Amalia le pareció un ángel, aunque fuese solo el panadero con los encargos para la vecina del quinto. Cuando el hombre abrió la puerta, la sonrisa ancha y de agradecimiento de Amalia le pillaron al hombre por sorpresa:

-Pero, doña Amalia -le dijo con la voz extrañada- ¿dónde va usted sola?

Amalia, en lugar de responderle, le miró fijamente a los ojos en silencio, le guiñó luego con complicidad, alzó su mano y posó su dedo índice tembloroso sobre sus labios. El panadero, que conocía a Amalia desde que era un niño, automáticamente comprendió el mensaje, le devolvió una mirada cómplice y le abrió la puerta para que pudiera salir: la agarró del brazo para que bajara cómodamente el escalón que le permitía ingresar en la realidad abandonada hacía tantos años. Se despidieron con un gesto alegre y travieso.

Amalia se giró y tomó la calle de la derecha como siempre hacía con Darío y había planeado. Era la calle que llevaba hasta el parque del estanque. El sol brillaba y Amalia sentía que volvía a ver los colores con toda su fuerza y honestidad. Se dejó acariciar por los rayos, mirando hacia el cielo. Cerró los ojos y las motitas rojas ingrávidas volvieron a aparecer bajo sus párpados, aunque esta vez eran más intensas y venían con olor a primavera. Al abrir los ojos, vio la ventana de su apartamento. Se le pusieron los ojos como platos al descubrir que, no solo había olvidado las llaves dentro, sino también apagar la radio.“Vieja chiflada”, se recriminó. Luego soltó un suspiro (“En fin, me lo tendrán que perdonar, a fin de cuentas, no soy más que una pobre anciana”) y continuó calle arriba sin darle la mayor importancia a sus descuidos, pero con mucho cuidado de no tropezarse.

Su andador la conducía con la torpeza oxidada y la seguridad robusta del metal. Unos niños pasaron jugando por la calle. Amalia pensó en sus nietos cuando eran pequeños. En su hijo cuando era de esa edad. Pensó también entonces en la pequeña Amalia, a la que tanto le gustaba jugar y hacer trastadas. Hubiese jurado que no había sido hace tanto tiempo. Sintió el paso de los años a una velocidad estrepitosa, inexplicable. Igual de inexplicable que era la lentitud de sus pasos en aquella escapada sola a la vuelta de la esquina. El tiempo se dilataba o se encogía, caprichoso e inexcusable. Se le saltaron las lágrimas, pero le echó la culpa al sol y a la falta de costumbre por no verlo en tanto tiempo.

Giró la calle y vio, por fin, el parque. Verde, frondoso, con árboles en flor, con colores deslumbrantes y el estanque a un lado. Amalia pensó que si el cielo existía tenía que ser algo parecido y se convenció de ello cuando un perro se le acercó para olfatearla (“Si es que no hay que pedirle más a la vida”); sonrió al perrito y siguió caminando. Consiguió llegar al estanque y al banco en el que ella y Darío se sentaron tantos años: desde los primeros paseos enamorados, los que luego hicieron con su hijo pequeño, los que presenciaron disputas familiares, los relajados ya de jubilados, hasta los aconsejados por el médico en los últimos meses de Darío sobre la tierra. Todos, absolutamente todos, se le venían a la memoria a Amalia en tonos dulces y amables.

Aquel banco había recogido también las lágrimas de Amalia en soledad cuando Darío murió. Las risas de sus nietos lanzándose por el tobogán las veces que ella, la abuela, se los llevaba de paseo como si fuera la mejor de las fiestas y los dejaba ensuciarse. Un banco que había reunido tantas historias que era como un monumento conmemorativo a su vida. Amalia se sentó muy lentamente. Sintió que aquel banco le susurraba al oído cientos de recuerdos, toda su vida. Cerró los ojos. Vio todas aquellas escenas que recordaba y volvieron otras que sorprendentemente se habían escurrido de su memoria. Volvieron todas, tan nítidas, tan hermosas, tan reales, tan presentes, tan detalladas.

El sol parecía brindarle la lucidez y la bondad de la vejez, sin exigencias ni moralejas que valgan. Volvieron a aparecer las motas ingrávidas bajo sus párpados debidas a los reflejos de luz en constante movimiento; las seguía y jugaba con ellas, como le gustaba hacer cuando era pequeña para entretenerse. Y mientras perseguía a aquellas motas juguetonas, toda su vida se le reveló, tan sencilla como extraordinaria a un mismo tiempo. Era imposible sentir más felicidad y calma.